

## INTRODUCCIÓN

El lema del Meeting, “El coraje de decir yo”, retoma una frase de los *Diarios* de Søren Kierkegaard escrita en 1849, que vamos a intentar comprender en su contexto original.

### **Kierkegaard**

Kierkegaard se preguntaba sobre la comunicación de la verdad. Comprendía que la primera condición para comunicar la verdad es la persona que la pronuncia. La verdad no se transmite por medio de ventrílocuos. Requiere de una persona que se ponga en juego al comunicar la comprensión que ha alcanzado de esa verdad. Este sería un primer significado del valor del «yo».

Kierkegaard plantea esta exigencia ante la difusión de un pensamiento de sello racionalista-idealista que él había criticado, considerándolo, en el sentido más negativo del término, una abstracción, una especulación separada de la vida real y de la existencia concreta de las personas.

Por eso Kierkegaard insiste en la necesidad de que la reflexión sobre lo que es verdadero emerja desde la vida de un hombre vivo, de un «yo». Hace falta por tanto una comparación con la verdad de la propia vida y no solo una afirmación de verdades “teóricas” que no se someten al criterio de la existencia. La tarea de la vida consiste en apropiarse continuamente, o en volver a apropiarse, de la verdad, que pone en juego a la persona, que hace que emerja el yo. Sin ponerse en juego, no habría comunicación plena de la verdad a otro ser humano.

### **Panorama actual**

Si pasamos desde mediados del siglo XIX a finales del XX, la situación contemporánea plantea enseguida preguntas sobre la frase de Kierkegaard. Un conocido sociólogo, Gilles Lipovetsky, afirma ya en los años 80 que tras el cataclismo producido por la posmodernidad mediante la crítica de los grandes sistemas teóricos y políticos del XIX y del XX, tras ese maremoto que arrasó con instituciones e ideales, el único valor que

permanece en pie es el individuo en cuanto tal con su conclamado derecho de autorrealizarse, es decir, dispuesto a buscarse a sí mismo sin otras referencias, ya que todos los valores, ideales e instituciones se derrumban a su alrededor.

Podemos añadir al juicio del profesor francés el del sociólogo canadiense Charles Taylor cuando habla de la nuestra como la «época de la autenticidad». La contraseña en nuestras sociedades es «sé tú mismo», «sé auténtico», «hazlo todo a tu manera»; este sería el camino para llegar a la plenitud que busca cada uno para no perderse a sí mismo, para ser auténtico sé autorreferencial. Hasta el punto de que, durante la pandemia, el psicoanalista Massimo Recalcati insistía en criticar esta postura antropológica cerrada sobre sí misma: «Espero que algo pueda cambiar en la manera de concebir el yo», subrayando el hecho de que «deberíamos abandonar la ego-latría de nuestro tiempo, la ego-cracia de nuestro tiempo, que no puede llevar a nada bueno porque se orienta hacia una locura narcisista».

### **Recuperar la educación en la fe**

Giussani citó el diario de Kierkegaard en varias ocasiones. Evocaba a Kierkegaard para llamar la atención sobre la persona y para entender la diferencia que existe al hacer ciertas afirmaciones según se ponga en juego el propio yo, o no. Se puede decir la misma verdad, que de por sí tiene un contenido correcto, de muchas maneras; pero algunas de ellas no alcanzan a nadie porque esa verdad no se propone de manera personal.

Lo que es necesario para la reflexión y para la comunicación a otros, lo es también para la creación de obras sociales. Recordemos la afirmación de Giussani: «Las obras nacen cuando uno tiene el coraje de decir “yo”». No se transmite la verdad, ni nace una obra, si no hay alguien que tenga el coraje de decir «yo». Julián Carrón, retomando textos de Giussani, también insistía mucho en el juicio de Kierkegaard sobre la centralidad del sujeto, que se pone en juego al comunicar la verdad y al actuar según la verdad.

Retomar esta afirmación de Kierkegaard nos obliga a examinar nuestro tiempo, para intentar entenderlo y profundizar en él sin equívocos. Conocemos otro diagnóstico de Giussani, muy eficaz, cuando hablaba de un «efecto Chernobyl», no tanto sobre la salud física sino sobre la estructura misma de la personalidad humana, afectada por un

vaciamiento, por un debilitamiento cognoscitivo-afectivo, que la hace incapaz de salir del límite del yo.

La complejidad del problema al que nos enfrentamos exige una profundización, para no deslizarnos por el lema del Meeting como si fuera algo obvio. ¿En qué sentido la exigencia formulada por Kierkegaard es adecuada para el momento actual? Hay que hacer un trabajo para identificar los términos adecuados en los que poder decir «yo» y para encontrar el coraje necesario para hacerlo, de tal modo que sea una fuente fecunda, en vez de encerrarse en una locura narcisista, como advierte Recalcati.

Propongo un recorrido en tres cuadros y un epílogo, que permita suscitar una comparación existencial. Mi intervención no tiene una finalidad erudita o literaria, sino que quiere favorecer una *posición* que permita al yo acoger afectuosa y amorosamente la realidad, y en ella, y más allá de ella, a Cristo presente.

#### PRIMER CUADRO: UNO, NINGUNO Y CIEN MIL

Comenzamos evocando el título de la famosa novela de Luigi Pirandello, de la que señalo sintéticamente algunas observaciones útiles para nuestro recorrido.

##### **Ya nada era verdad: soledad**

Los problemas que resonaban en Kierkegaard surgen constantemente en la cultura europea. La obra de Pirandello, de 1926, da prueba de ello. El protagonista de la novela, partiendo de una experiencia aparentemente irrelevante, entra en crisis sobre su propia identidad, sobre la relación consigo mismo, con su mujer y con los demás. Vitangelo Moscarda se convierte así en paradigma de la vida de muchos hombres y mujeres del siglo XX. ¿Cómo es que su mujer puede ver en él ese pequeño defecto que él no puede ver? El personaje empieza a pensar que no merece la pena ser algo para uno mismo. Una vez perdida la posibilidad de conocerse realmente a uno mismo, surge también la sospecha sobre lo que los demás ven de nosotros. Entonces, si el conocimiento que tengo de mí mismo no vale nada y si se insinúa la sospecha de que lo que ven los demás es pura convención, ¿quién soy yo? Tal vez soy *uno* delante de mí, pero en realidad ya no soy *ninguno* y podría ser, para mí y para los demás,  *cien mil* diferentes. El protagonista se adentra en esta locura que, en el fondo, no se sabe muy bien si es de una lucidez extrema, por la que el loco podría ser el único capaz de

entender realmente cómo son las cosas, más allá de las convenciones de la sociedad burguesa. Adelantándose varias décadas a la cultura posmoderna, Moscarda podría parecer el vencedor, pues ya no se ve obligado a ser “alguien”: puede ser *ninguno* o *cien mil*, puede renegar de su identidad y de su nombre, puede dejarse llevar por el flujo de la vida hacia la disolución del propio yo, y vivir el momento, instante tras instante, sin cristalizar en algo que, a fin de cuentas, sería una máscara convencional.

Al margen de los debates sobre el nihilismo de Pirandello, su obra se convierte en cierto modo en la novela de la soledad porque, al faltar una relación de la que fiarse, no queda más que adecuarse al juego de las apariencias, encerrándose en un solipsismo definitivo: «Al tocarme, al frotarme las manos, sí, decía “yo”; pero, ¿a quién se lo decía? ¿Y para quién? Estaba solo. En todo el mundo, solo. Para mí mismo, solo. Y en el instante de estremecimiento, que ahora me hacía temblar hasta la raíz de los cabellos, sentía la eternidad y el hielo de esta infinita soledad».

Esta es una condición que también caracteriza la vida de muchas personas anónimas de los siglos XX y XXI. Hay algo incompleto, como una imposibilidad última para ser alguien, para poder decir «yo» de manera relevante y significativa, y por eso se vive solo. En torno al problema del yo ha habido, y sigue habiendo, una enorme dificultad, y los intentos de respuesta expresan problemas reales, de gente normal, que vive, sufre, trabaja, todo el día tiene algo que hacer y no sabe por qué.

El yo, que a finales del XIX parecía ser en Europa el heredero orgulloso de una nueva genealogía de ciencia, técnica y cultura, exaltado de manera absoluta como un sujeto que no acepta límites, cae a finales del XX en una depresión. El sujeto, como vemos en la filosofía académica y también en la cultura general, es objeto de debate, resulta problemático, hasta el punto de ser casi rechazado. En muchos momentos, parece que la única energía, la única fuerza del yo, es la de negarse a sí mismo. El yo sería como una fuerza deponente, casi como un yo que solo existe para decir “no yo”, para afirmar con total energía –y ahí se demuestra la paradójica permanencia de la realidad del yo– que no es (ni quiere ser) *uno*, que tal vez tampoco sea *ninguno*, que es y no es *cien mil* distintos.

### **Un yo omnipotente y un yo nostálgico**

Si llegamos hasta hoy, podemos fijarnos en varios aspectos de la cultura popular. La película *Bohemian Rhapsody* de 2019 ha devuelto actualidad a las canciones de *Queen* de finales de los años 80 (sin ninguna pretensión de ofrecer una valoración completa de esta banda). Algunas de ellas exaltan un yo que aún pretende ser absoluto, que no soporta límites de tiempo y de espacio, ni aguanta la confrontación con cualquier dato que pueda poner coto a su autodeterminación. Varios títulos que entonces se hicieron famosos resuenan ahora con la película: *I want to break free*, *Who wants to live forever?*, *I want it all (and I want it now)*, *Don't stop me now*. Basta volver a oír estas canciones para reconocer un yo que se afirma con una pretensión ilimitada: «*I consider it a challenge before the human race and I ain't gonna lose (...) No time for losers 'cause we are the champions of the World*».

Junto a este yo que se jacta con seguridad de su propia fuerza, también aparece hoy un yo que no sabe quién es, ni si vale la pena existir. Se trata de la otra cara de la moneda, que revela la dificultad, la complejidad de algo tan misterioso como la libre autoconciencia de cualquiera de nosotros cuando dice «yo». Algunos capítulos de la serie televisiva *Euphoria* plasman esta confusión sobre todo en la experiencia juvenil. Se describe un vacío en jóvenes que ya viven sin límite alguno, que lo prueban todo, pero que, al mismo tiempo, carecen de la vanidad que veíamos antes. La joven protagonista reconoce su derrota desde el momento de nacer, y también su incapacidad para ser lo que habría querido ser.

Tal vez perviva en ellos la pretensión de ser dueños de sí mismos en su desesperación, pero lo que aparece en pantalla es una soledad inmensa llena de amargura. En el muro de la pretensión del yo se ha abierto una grieta, como una insatisfacción, una melancolía tal vez diferente a lo que había antes, incluso cierta forma de petición o súplica (también *Queen* repite de manera casi obsesiva *Find me somebody to love*). ¿Cómo se sitúa la generación de *Euphoria* respecto a la que se identifica con ciertos temas de *Queen*? ¿Se trata de un fenómeno alternativo o de un fenómeno consecuente o son fenómenos paralelos? La cuestión es compleja, pues la vida humana nunca es blanco o negro, tiene infinidad de matices que pueden convivir en la misma sociedad.

**El yo, el trabajo, la casa, los amigos, el país**

Sigamos complicando el panorama. Además de la parábola juvenil que va de *Queen* a *Euphoria*, es interesante añadir otros aspectos de esta dificultad contemporánea para decir si yo soy *uno*, o *ninguno*, o *cien mil*. Vayamos a una película muy premiada en 2021: *Nomadland*. En este caso, los protagonistas ya no son *teenagers*, tienen entre sesenta y setenta años, en el contexto de la crisis económica y social de 2008, que acabó con los ahorros y el trabajo de mucha gente, debilitando también a las instituciones. No se trata de personas rebeldes, sino de gente normal, trabajadores afectados por el cierre de las fábricas que, después de toda una vida de trabajo, familia y relaciones, en las ciudades y lugares donde han vivido, se encuentran arrancados de su propio contexto.

La protagonista del film, Fern, se encuentra totalmente sola: porque ha muerto su marido, porque la fábrica donde ha trabajado toda su vida ha cerrado, porque su pueblo ya no existe, ya no tiene una casa. Ya no le queda nada. Se compra entonces una furgoneta donde vivir y entra así de alguna manera en las *road movies* americanas, típicas de las sagas literarias de los Kerouak, Steinbeck o McCarthy. Se trata de una franja de la cultura americana formada por personas que en cierto modo se han visto obligadas a buscar *on the road* porque el sistema y las convenciones sociales las han excluido. La protagonista lleva una vida con muchos aspectos de bien, de amistad, de acogida, de solidaridad en las pequeñas cosas. Suceden encuentros humanos, pero no duran. Cambian igual que cambia el paisaje alrededor y cambian los puestos de trabajo.

No aparece un vacío desesperante ni tampoco una pretensión ilimitada, sino un individualismo solitario, nada entusiasta, donde la persona se ve debilitada, sin recursos. Uno vive solo con su propio pasado. Vive solo, también y sobre todo, ante el horizonte del sentido, por eso se puede hablar de eutanasia más que de suicidio. El interlocutor suele ser la naturaleza, la tierra, fotografiada de manera sublime, pero en mi opinión muda en último término, como una presencia que atrae pero calla. En lo que vemos no hay ni rastro del misterio de Dios. No encontramos ni blasfemias ni oraciones. Es un mundo cuyo hilo conductor es una mujer que ya no se vincula con nadie, que está buscando pero no sabe a quién, y que se encuentra con hombres y mujeres solos, que para el sistema ya no son nadie y que tal vez también son cien mil.

Lo que Taylor definía como «época de la autenticidad», ¿sería al final esta vida no solo fuera del sistema convencional sino separada de aquello que puede hacer al yo fecundo y duradero? Es como si el yo auténtico se identificara con esta mujer sola. ¿Tal vez este era el individuo superviviente de Lipovetsky, el yo que caracteriza al siglo XXI: gente de sesenta o setenta años y sin raíces? En Europa no tenemos la tradición de las *road movies*, y quizás tampoco tengamos esa cultura, pero en nuestras ciudades, en nuestros barrios —en mi barrio— hay ancianos solos, pobres por la calle, gente “normal” que ya no sabe con quién estar, con quién hablar, a quién decir «te quiero», o a quien nadie dice «tú», «tú eres querido».

Resumiendo, podemos reconocer un individualismo exasperado, que a veces pretende ser triunfante (como ciertos temas de *Queen*) o está cerca del abismo del vacío (*Euphoria*), o simplemente está aturdido (*Nomadland*): un individualismo en soledad, incapaz de vínculos estables, de pertenecer a alguien y de generar un bien duradero, para sí mismo y para los demás.

### **La grieta en el muro: la nostalgia de algo distinto**

Las variantes del individualismo actual están atravesadas por la nostalgia —aunque sea confusa— de algo distinto. Pirandello hace emerger esta extraña espera cuando hace decir a su protagonista que estamos condenados a «advertir una sospecha de que hay algo misterioso para nosotros, por lo que, aun estando allí presente, nuestro espíritu está condenado a permanecer lejos». Se vive entonces en «una angustia indefinida» porque, si pudiéramos entrar en esta lejana y misteriosa presencia cuya existencia advertimos, «acaso nuestra vida se abriría quién sabe a qué nuevas sensaciones, hasta el punto de que nos parecería vivir en otro mundo». La misma intuición se refleja también en el grito de muchos grupos musicales, en series televisivas o en el cine. Es algo que abre una brecha, una abertura, porque, a diferencia de las seguridades vividas en otras épocas, se reconoce de maneras muy distintas un *punto de fuga*, un ser incompletos que podemos identificar mediante la observación atenta y apasionada del yo que es cada uno de nosotros, y cada uno de aquellos que nos encontramos.

### **“Il mio volto”**

Para favorecer el paso del primer al segundo cuadro, propongo una canción, escrita por una joven estudiante de bachillerato, que participaba de la vida de GS: *Il mio volto*.

## SEGUNDO CUADRO: ABRAHÁN, EL NACIMIENTO DEL YO

Descubrirse sin rostro, la oscuridad en el fondo de uno mismo, la soledad, el darse cuenta del Tú, el eco de una voz, el renacer del recuerdo, el ser amados, el ser hechos, las estrellas y los cielos, todos esos elementos –que aparecen en los ejemplos citados de la cultura contemporánea– están presentes en este canto excepcional.

Intentemos sondear el misterio del yo evocado por Adriana Mascagni, guiados por la reflexión de algunos grandes autores del siglo XX. Nos costará un poco, pero puede valer la pena...

### **El yo: ser y no ser**

Empecemos por una mujer extraordinaria, grandísima pensadora, religiosa carmelita y mártir, Edith Stein (Santa Teresa Benedicta de la Cruz), que supo explorar con gran sutileza el misterio del yo. Escribe: «Mi ser, como yo lo veo y me veo en él, es ser nada; yo sola no soy y no soy nada por mí misma, en todo momento estoy ante la nada y debo recibir el ser de nuevo, momento a momento (...). Sin embargo, este no ser es “el ser” y por eso toco en todo momento la plenitud del ser».

Stein comprende un dato innegable: «mi ser es fugaz y se prolonga de un momento a otro y se encuentra expuesto a la posibilidad del no-ser». Pero también se da cuenta de que a esto «le corresponde otro hecho también innegable: que yo, a pesar de esta fugacidad, soy y soy conservada en el ser de un instante a otro; en mi ser fugaz, yo abrazo un ser duradero. Yo me sé sostenida y este sostén me da tranquilidad y seguridad; ciertamente no es la confianza segura de sí misma del hombre que, con su propia fuerza, se mantiene de pie sobre el suelo firme, sino la seguridad dulce y feliz del niño que reposa sobre un brazo fuerte, es decir, una seguridad que, vista objetivamente, no es menos razonable».

Edith Stein no censura ninguna dimensión del yo. Por una parte, habla de fugacidad, de un ser como en suspenso, que no es nada. No censura el vértigo de vivir sin ser dueño de sí mismo, empujado siempre por una exigencia insaciable de plenitud. Al mismo tiempo, sostiene que es igualmente innegable que el yo es duradero porque

recibe el ser, es mantenido con vida instante tras instante. ¿De dónde viene esta autoconciencia, que se abre a la plenitud de la evidencia de sí?

Otro gran pensador del siglo XX, Von Balthasar, nos indica la dirección adecuada. «No es meditando en la almohada, ajeno a todo, como uno se conoce a sí mismo, así solo encontrará la nada y lástima de quien crea reconocerse así; solo es posible entregándose a una realidad o a una persona. Poder abandonarse es el principio de toda realización y de toda posesión amorosa». La comprensión completa del yo no vendrá por una especie de meditación solipsista, cerrada sobre sí misma, sino por una entrega, por una donación, por darse a otro, todos ellos términos imprescindibles para decir quiénes somos.

¿Cómo se ha alcanzado en la historia de la civilización, concretamente en la cultura occidental, este nivel de autoconciencia?

### **Abrahán: el nacimiento del yo**

Para responder, hay que tener en cuenta la aportación de la raíz hebrea a la cultura occidental. Mediante las Escrituras de Israel, incorporadas en la Biblia cristiana, la perspectiva judeo-cristiana ilumina la comprensión del misterio humano de manera decisiva. En ella hay un punto firme: para poder decir «yo», hace falta una relación. Hace falta un tú, y no solo un tú cualquiera con minúscula, sino también el Tú con mayúscula, el Tú de Dios. El yo es generado por una relación y necesita una relación a la que poder abandonarse completamente. Sin esta experiencia, no se alcanzan las dimensiones de un yo humano completo.

La historia de la salvación nos ha entregado un nombre, un lugar y un tiempo concretos en la historia de Oriente Medio, en la historia del mundo: el nombre de Abrahán. Este patriarca supone el primer paso en el gesto con que el mismo Dios sale al encuentro del hombre, permitiendo que sucediera lo que Giussani llamaba el nacimiento del yo. Se trata de una generación vinculada con la historia. Solo entrando en la historia se puede alcanzar la consistencia del yo en los términos completos con que el mismo Dios la diseñó desde su origen, y en consecuencia también se puede reflexionar sobre ella.

El hombre que grita «yo» con una energía abrumadora y que al mismo tiempo se deprime porque ya no sabe quién es, ese hombre que vive sumido en la confusión, se

descubre siendo llamado por su nombre, invitado a dar una respuesta. Dice Giussani: el grito del hombre ha tenido una respuesta, ha tenido una acogida, ha entrado en un diálogo. Con una expresión muy bella, dice: es como si el grito del hombre hubiera resonado en el corazón de Dios, dentro de la casa de Dios, como si el grito humano hubiera sido gritado allí dentro.

Es el inicio de la historia del yo tal como lo podemos desear, lo podemos buscar, sin duda como ya lo hemos experimentado. En la vocación de Abrahán encontramos un nuevo amanecer, que da comienzo a una historia dentro de la historia, donde el sentido de la historia del mundo y de la existencia de todo hombre encuentra su comunicación. Comienza la comunicación entre el grito de la búsqueda humana y la respuesta que lo hará luminoso, verdadero, fecundo, capaz de entregarse, capaz de amar y de generar, capaz de suscitar vida y convertirse en protagonista de la historia.

Dios se ha “mezclado” con nosotros, como atestigua la Sagrada Escritura. Dios habla a cada uno de nosotros con términos comprensibles, adaptados a nuestra sensibilidad, y al mismo tiempo, en virtud de esta concreción, se abre en nosotros una brecha hacia la conciencia de una Alteridad, de una presencia que de otro modo sería inimaginable. Se establece la relación con esa presencia misteriosa, presentida por Pirandello, que ahora se muestra y abraza todas las dimensiones luminosas, oscuras, fatigosas y alegres de la vida humana, y las introduce en una perspectiva infinita, la perspectiva del Destino como alguien distinto a mí mismo, sin el cual nunca sería yo mismo. Así surge históricamente la posibilidad de alcanzar una verdadera autoconciencia de sí, como describía Edith Stein y como cantaba con claridad una joven estudiante de bachillerato.

¿Qué sucede al “mezclarse” Dios con Abrahán? Que él llega a ser él mismo, ya no será Abrán sino Abrahán. Con esa llamada recibe un nombre que implica una tarea, un ponerse en camino hacia una vida plena, para sí mismo y para los demás.

Cuando uno es llamado por su nombre se vuelve posible el recorrido de la autoconciencia definitiva de sí. La modalidad histórica de la intervención de Dios en favor del hombre comienza con la llamada de Abrahán, al que Él dona un nombre, y con él una identidad y una tarea. Comienza la historia de la salvación que, a través de los patriarcas, Moisés, los jueces, los profetas, los reyes, hace madurar en el pueblo de Israel la espera de una manifestación plena de lo divino y de lo humano.

### **Antes de que Abrahán existiera, Yo soy**

Esa posibilidad tan deseada y anunciada como imprevisible en su forma de realización, que casi parece fracasar, sucede de manera inesperada y asombrosa en la figura de Aquel que, al mismo tiempo, es lo humano más humano y la manifestación de lo divino como nunca lo habríamos podido imaginar.

Para mantener nuestro hilo conductor, que es la concepción del yo, me gustaría esbozar, a grandes rasgos, esa figura de la historia donde resplandece la plena afirmación del yo, que es Jesús de Nazaret. Su figura impacta de tal modo a sus contemporáneos que se preguntan continuamente: «¿Pero quién es este?». Los estudiosos explican que «en la predicación, en la manera de enseñar y de actuar propia de Jesús nos encontramos con una conciencia excepcional de sí mismo que se refleja en su autoridad, *eksousia*, tal como emerge en el tono firme de su magisterio donde destaca la expresión del propio yo, la conciencia de quien habla porque lleva dentro una correspondencia total de sí con lo que dice».

Sigamos la pista que había indicado Kierkegaard, es decir, una verdad que coincide, como en ningún otro caso de la historia, con la vida de la persona que habla; una autoridad que deriva de la coincidencia entre la verdad predicada y la existencia personal. Esto se ve en la manera directa, enfática, con que Jesús pronuncia el pronombre de primera persona yo: «Habéis oído que se dijo, pero yo os digo...», «En verdad, en verdad yo os digo...».

En muchos pasajes evangélicos, a la dignidad y santidad de la ley y de las instituciones de Israel, Jesús contrapone su yo: un yo potente, cuyos poderosos gestos (milagros) le permiten poner orden en la naturaleza y, al mismo tiempo, mostrarse lleno de piedad y misericordia, identificarse con cada hombre, sentir compasión por los pequeños, los pobres, los pecadores, otorgar un poder que es gracia, perdón.

En la vida de Jesús resplandece la afirmación «yo soy»: «Yo soy la luz del mundo», «Yo soy el buen pastor», «Yo soy la resurrección y la vida», «Yo soy el camino, la verdad y la vida», «Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador». En el evangelio de Juan encontramos afirmaciones solemnes que confirman esta pretensión con una profundidad totalmente singular. Por ejemplo, cuando dice: «En verdad, en verdad os

digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy»; o bien: «Cuando levantéis en alto al hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”».

Pienso también en esa preciosa página de san Lucas donde, frente al murmullo y la desconfianza de los fariseos porque come con los pecadores y los acoge, Jesús no responde con un discurso abstracto sino con tres parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida y, sobre todo, la espléndida parábola del hijo pródigo. Y siempre termina afirmando: «Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse». Esta lectura, que en Lucas es en cierto modo implícita, aunque muy directa, puede reconocerse claramente en las fórmulas del evangelio de Juan. Jesús, después de reclamar la fuerza de su yo, añade inmediatamente: «No hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado», o: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre. Lo que hace este, eso mismo hace también el Hijo», «las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado». Es tan verdadero que, para Juan, Jesús es sencillamente el Hijo.

Por eso, qué asombro y qué conmoción sentiría la samaritana cuando, discutiendo sobre el Mesías que debía venir, oye que Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». La figura de Jesús pone ante los ojos de todos un yo autoconsciente, consciente de sí como nadie más en el mundo, y ese mismo yo se reconoce Hijo del Padre, portador de la potencia de Otro, del Padre, recibida como Hijo.

La concepción del yo propuesta por Edith Stein y Balthasar da comienzo con Abrahán y alcanza su claridad definitiva en la figura de Jesús, el Hijo, que puede decir «Yo soy» como solo Dios podía decirlo en el Antiguo Testamento, «*egò eimí*», es decir, la expresión de lo divino. «Yo soy» es lo que dice Dios a Moisés en el Éxodo. Jesús puede decir «Yo soy» con esa misma densidad y presentarse a la vez como aquel que nace siempre de Otro, que es continuamente generado por Otro, y que por tanto en la riqueza de esa perspectiva humana hace también posible el abismo del misterio de Dios, que es Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

## **Hijos en el Hijo**

Sin poder entrar ahora en las profundidades de la concepción cristiana del misterio de Dios, intentemos seguir el hilo de la historia. Los que se acercaban a Jesús se hicieron, mediante el don del Espíritu, hijos como él, es decir, hijos en el Hijo, y ellos también adquirieron una personalidad que les hizo capaces de decir «yo», de soportar el peso de la vida, de actuar con la autoconciencia, libertad y capacidad para construir que buscamos juntos. Se hicieron verdaderos protagonistas. ¿Qué podría haber exclamado la madre de los Zebedeos –tan deseosa de colocar a sus hijos, Santiago y Juan– ante la fachada de la catedral de Santiago de Compostela elevada en memoria de su hijo Santiago, amigo del Señor?

También los discípulos, que antes estaban asustados, inseguros, hablan con autoridad. Es precioso darse cuenta de cómo, tras la resurrección de Jesús, Pedro va al encuentro de los hombres que lo buscan y dice: «Aquí estoy, yo soy el que buscáis». El recorrido de la «historia dentro de la historia» que comenzó con Abrahán genera hombres que pueden decir «yo» sin excluir nada, sin quitar nada a ese vértigo del ser, que no es propiedad nuestra, un ser que es recibido, acogido, momento a momento, instante tras instante, como observaba Edith Stein.

Giussani insiste en esta condición del yo como respuesta amorosa a un amor que llama: «Hemos sido amados, somos amados: por ello “somos”»; y prosigue: «Si yo soy amado, si soy porque soy amado, el gran problema de mi existencia, de mi estar en el mundo, lo que posibilita que mi sujeto se convierta en protagonista de un mundo nuevo donde lo eterno comienza de forma experimental en el tiempo, es mi respuesta: mi respuesta al Tú que me ama, mi corresponderle, mi valoración de lo que Él ha creado originalmente en mí precisamente para que pudiera caer en la cuenta de Él. Si yo soy porque soy amado, debo responder (*respondeo*). De aquí nace la responsabilidad». Esta es una palabra bellísima, tal vez no demasiado recordada, para alcanzar una concepción verdadera del yo...

Si nos llegaba un eco de soledad desde los intentos modernos y posmodernos de decir «yo», ahora nos toca un acento distinto de lo humano: el de ser abrazados, acogidos, amados, y por tanto ser en relación, precedidos por un don y llamados a dar nuestra respuesta. La alternativa a la soledad no es una especie de sentimiento narcisista, siempre centrado en uno mismo, ni la exasperación de los propios deseos, sino la acogida de Otro y la respuesta a Él, es decir, la responsabilidad como camino hacia el

propio cumplimiento. El yo auténtico, como diría Taylor, el yo que es verdaderamente él mismo, no puede dejar de ser responsable, de sí mismo y de los demás, no puede dejar de recibir con su nombre, expresión de predilección, también la responsabilidad de asumir la tarea que acompaña este abrazo amoroso. Nuestro queridísimo amigo Mikel Azurmendi había descubierto la importancia radical del abrazo humano y del encuentro con Dios para poder decir “yo” responsablemente.

### TERCER CUADRO: EL NACIMIENTO DEL YO Y DEL PUEBLO

Para entrar en el lema del Meeting nos hemos detenido en el significado del «yo» y en cómo se puede decir «yo» plenamente. Todavía queda por abordar una palabra: «El coraje».

#### **El coraje nace de la simpatía**

Es imposible, al menos en Italia, hablar de coraje sin pensar en don Abbondio, el personaje de *Los novios* que masculla: «El coraje, cuando uno no lo tiene, no se lo puede dar uno a sí mismo». Todos podemos reconocernos en esa afirmación por la cual el coraje sería una especie de determinación enérgica que, en realidad, no tiene nadie, o que solo sería privilegio de algunos.

Ante esta objeción, conviene aclarar inmediatamente que la determinación para poder decir «yo» no nace de un acto enérgico de la voluntad, que llevaba a Vittorio Alfieri a exclamar: «Quise, quise siempre, quise fortísimamente». Este sería el coraje que no tiene don Abbondio, ni tenemos nosotros. Giussani dice en cambio que la determinación, el coraje, «nace cuando se instaura una simpatía». Los apóstoles, que siguieron a Jesús, podían decir «yo» porque se habían vinculado a Jesús con un juicio que les hizo capaces de esta *decisión de apego* que nace de un asombro. El coraje de decir «yo» pasa por un apego afectivo que hace posible la responsabilidad, la respuesta de los discípulos —antes atemorizados— hasta llevarles a entregar su vida libremente y experimentar una fecundidad que nunca habrían podido imaginar.

El apego explica en términos de experiencia humana el paso de la figura única e irreplicable del Hijo de Dios a muchos hombres que se hicieron «hijos en el Hijo».

#### **Nace el yo y nace el pueblo**

El paso en el que debemos profundizar ahora es justamente que el nacimiento del yo, a partir de ese apego, coincide con el nacimiento de un pueblo. El episodio de Abrahán lo demuestra porque de su elección nace el pueblo judío, que será un símbolo de todos los pueblos, pues nace de un acontecimiento de la historia, según la promesa de que su descendencia sería «como las estrellas del cielo y como la arena de la playa». La alianza de Yahvé con Abrahán hace emerger un «yo» que, por su naturaleza, encuentra en esta relación el origen de todas las relaciones que, con el tiempo, dan lugar al nacimiento de un pueblo.

Si ya la figura de Abrahán liga al yo con el pueblo, la coincidencia plena de este doble nacimiento se da en Pedro. El sí de Pedro a Jesús es el gesto más personal porque muestra la percepción humana de sí desde lo más profundo del corazón, y simultáneamente es el gesto del que surge un pueblo. Hay un nexo inseparable entre el sí de Pedro y el nacimiento de un pueblo, entre la respuesta personal y el designio de Dios, que lleva a Pedro a ser el responsable del nuevo Israel de Dios que es la Iglesia, no solo por su ministerio, también por su vocación y experiencia de vida. Nace así el pueblo cristiano, encomendado a la autoridad de Pedro para asegurar en él la permanencia de su unidad.

«Apacienta mis corderos», es decir, cuida no solo de ti mismo sino de todas las relaciones en las que se verifica la relación conmigo. Este es el mandato que permite «una actividad inagotable», que nunca se acaba, porque siempre puede retomarse y resurgir como verdadera moralidad.

### **Espacios de acción**

Esta perspectiva original, propia de la revelación cristiana, me lleva a pensar en otro sociólogo famoso, Ulrich Beck, que en una de sus últimas obras muestra su perplejidad ante el mundo que aparece en el telediario, y dice que el mundo se ha vuelto loco y que ya no entiende nada.

Ante ese colapso, Beck propone una tesis (que yo interpreto libremente) para afrontar su dificultad, para comprender el mundo, cuando reclama los llamados *Handlungsräume*, espacios de acción, de actividad: el pensamiento alternativo, la posibilidad de pensar fuera de los esquemas, no procede de la enésima elaboración intelectual, sino que hace falta una acción creativa que no acepte los límites de los

modos convencionales de pensar y actuar. Es decir, en el mundo cosmopolita habrá una oportunidad para aquellos que, mediante su acción creativa –nosotros podríamos decir mediante el testimonio de la experiencia cristiana vivida–, sean capaces de ir más allá, más allá de los esquemas de pensamiento.

### **Libertad**

El coraje de decir «yo» surge a través de la simpatía por Otro, lo que suscita una pertenencia. Por eso es tan importante la vida en común, porque la plenitud de la autorrealización humana no es simplemente el pensamiento, sino la unidad de pensamiento y acción. Para alcanzar la verdadera novedad, hay que jugarse la libertad. La libertad es *singular e indeducible*; por tanto, tiene su propio dinamismo. No es la conclusión de un razonamiento ni una deducción a partir de una ley general, sino que surge desde el impacto con una realidad (una persona) que la atrae, que la pone en movimiento para generar un vínculo. Sin entrar en más aclaraciones, el camino que genera el yo y al mismo tiempo genera un pueblo está hecho de razón, llegando hasta el afecto, y de libertad. Por ello es necesario todo aquello que suscite el dinamismo de la libre adhesión. La naturaleza testimonial de la experiencia cristiana nos muestra que la libertad completa del otro resulta deseable por sí misma, y por tanto hace tender hacia algo que ya hay en el otro y que se reconoce como deseable para uno mismo, como un bien para llegar a ser uno mismo, para decir «yo».

### **Educación**

La educación cristiana no puede consistir simplemente en una aclaración de ideas, sino en el ofrecimiento de una propuesta que se puede experimentar mediante vínculos que permitan a la libertad tomar posición de una manera distinta. Lo que se escucha será capaz de movilizar el yo entero si se puede ver en un lugar vivo. De otro modo, como mucho, se puede llegar a considerar ciertas posiciones más interesantes que otras, pero no se da el nacimiento de un yo nuevo, ni la regeneración de un pueblo en sus afectos, vínculos y expresiones de la vida social.

El pueblo nace a partir de estas relaciones de simpatía humana que llegan hasta el apego. Si esto no se da, el resto solo será adoctrinamiento sobre ciertas ideas, por

justas que sean, y valores que corren el riesgo de resultar abstractos. Vuelve de nuevo el desafío de Kierkegaard.

### **Yo-nosotros: Trinidad y Eucaristía**

El yo generado en la relación con un tú es siempre, inseparablemente, relación con un nosotros. Aquí debemos volver a la comprensión cristiana de Dios Trinidad, al Espíritu Santo que algunos teólogos definen como el *nosotros*. Es una perspectiva típicamente cristiana: el yo, el tú, el nosotros, pertenecen al misterio de Dios; este es nuestro monoteísmo, el monoteísmo del yo, del tú y también del nosotros, que no se pueden separar sin dañar la realidad plena del misterio de Dios que se ha hecho hombre y que por tanto nos revela, nos ofrece, la plenitud de lo humano, justamente en el sacramento de la Eucaristía, que nos introduce en la comunión de las personas trinitarias. No puede haber pueblo cristiano sin Eucaristía.

### **Dimensiones de la vida del pueblo**

Las dimensiones de esta vida del pueblo se han descrito muchas veces. En ellas se puede captar concretamente cómo el coraje de decir «yo» implica una disposición para educar, es decir, para entrar en la totalidad de lo real. Partiendo del encuentro que hace posible «vivir intensamente la realidad», se abren todas sus dimensiones.

Toda educación verdadera es educación en la libertad, que se juega en la responsabilidad de la acción, y que permite al yo decirse. Sobre la base de esta educación en la libertad, se rige la educación en la vida social: la *dignidad del trabajo* (hemos visto en *Nomadland* las consecuencias que puede tener la pérdida del empleo y de las condiciones sociales que insertan al yo en un contexto de relaciones), la *generación de obras*, es decir, de lugares donde idealmente se pueda reconocer una forma de comprensión del trabajo, de las relaciones humanas, al estilo de verdaderos *Handlungsräume*.

Entre todas las acciones en las que se expresa el coraje de decir «yo», es difícil no subrayar la *libertad de educación*, es decir, la preocupación movida por una gran responsabilidad hacia nuestros seres más queridos, los hijos, los amigos, los vecinos del barrio o del pueblo, aquellos cuyo destino nos interesa. Lo mismo puede decirse de la *justicia*, tan profundamente arraigada como exigencia original del corazón y tan

imperfecta, inevitablemente fragmentaria en las relaciones humanas, totalmente necesaria para una vida social adecuada y, al mismo tiempo, necesitada de una permanente conversión para no acabar en el fatal vaciamiento de cualquier garantía de la vida común. Puede decirse lo mismo de la *vida política*, es decir, de la aportación típicamente cristiana a la comprensión del poder como dimensión de servicio a toda la comunidad humana.

### **Volver a empezar siempre**

El pueblo que nace en la historia del acontecimiento de Abrahán y que tiene su cumplimiento en el acontecimiento singular de Jesús está dispuesto a afrontar las circunstancias, los riesgos, los sacrificios que implica toda construcción social, y a imitar esa abundancia de ser que no se posee desde sí mismo sino que siempre se recibe, no de una vez, sino cada vez, en la relación con el Misterio, que es la garantía de volver siempre a empezar. Volver a empezar siempre: este es el factor que hace al hombre protagonista de la historia. A este respecto, escribe Eliot: «Solo la fe pudo haber hecho lo que era bueno, la fe íntegra de unos pocos, la fe parcial de muchos». Así es el pueblo cristiano, generado siempre por la fe íntegra de algunos y también por la fe parcial de muchos, edificado por unos y otros. Solo esto permite «construir continuamente». Esta es la contribución del pueblo dentro del pueblo, de la Iglesia como «etnia *sui generis*» dentro de la gran historia del mundo. Necesitamos toparnos con esta energía inagotable que nunca es energía auto-generada sino siempre recibida como un don al que dar respuesta.

### ***Fratelli tutti***

Para completar este Tercer cuadro es especialmente interesante la encíclica *Fratelli tutti* que, en su capítulo 6, se ocupa de un tema muy querido para el papa Francisco, que titula «Diálogo y amistad social», queriendo indicar que «el diálogo social abre a una nueva cultura». Recomiendo su lectura atenta.

### **EPÍLOGO: «HE SIDO YO»**

Me gustaría acabar recordando una anécdota muy sencilla que me ha acompañado toda la vida. No tendría ni veinte años y en el ámbito de los grupos de jóvenes en los

que participaba por entonces, le surgió al responsable una urgencia inesperada y me encargaron en el último momento dirigir una peregrinación de cientos de jóvenes: varios autobuses, con problemas organizativos, etcétera. La peregrinación a pie empezó en el lugar previsto. Los grupos debían seguir uno tras otro el itinerario establecido, pero en un momento dado se interrumpió la comunicación entre ellos y muchos grupos se perdieron. Yo pensaba: es la primera vez que tengo que dirigir un gesto y todo sale mal. Preocupado por entender lo que estaba pasando, parecía que no se había equivocado nadie en particular. En efecto, no se entendía qué había salido mal. La falta de responsabilidad por parte de todos parecía casi normal, pero el malestar persistía. Cuando nos reunimos para evaluar la peregrinación, uno de los responsables de grupo dijo sencillamente: «He sido yo. Me equivoqué, me perdí y luego los demás grupos se perdieron por mi culpa». Fue la primera vez que entendí que el coraje de decir «yo» al reconocer un error es un gesto liberador para uno y para todos. Desde entonces comprendí que uno de los efectos más imponentes de una relación verdadera con el Misterio –este responsable de grupo tenía una fe mucho más sólida que todos nosotros juntos– es el de convertirse en un sujeto capaz de reconocer el propio error, que sabe pedir perdón y aceptar el perdón.

Hannah Arendt acuñó la famosa expresión de «la banalidad del mal», y podríamos añadir la *impersonalidad* del mal. El mal nos hace ocultarnos, borra los rostros. Exactamente, no ha sido nadie. En las relaciones, en el trabajo, en la familia, entre amigos, al final el mal nos hace escondernos. Desde Adán y Eva. Adán dice que no ha sido él quien ha cogido la fruta y Eva igual, no ha sido nadie. Caín también dice “no lo sé” y tendrá que “escondarse” toda la vida. Podríamos continuar a lo largo de la historia hasta hoy, hasta nosotros mismos, que también estamos expuestos a los mismos límites y errores que todos en la vida familiar, laboral, en las relaciones sociales, y nos escondemos.

Si vamos a la página más extraordinaria de la relación de un hombre con el Misterio, encontramos a Pedro que delante de Jesús responde: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Para decir «he sido yo quien se ha equivocado», para poder decir «yo», la única modalidad existencial que resiste con el tiempo es poder decir: «Tú conoces todo, tú sabes que te quiero».

Por eso concluyo con las palabras de Giussani en la plaza de San Pedro en mayo del 98, cuando nos invita a vivir la libertad como petición ante el Misterio que «expresa la relación última del Misterio con su criatura: la misericordia». Dice: «El misterio de la misericordia desborda cualquier imagen humana de tranquilidad o de desesperación; incluso el sentimiento de perdón pertenece al misterio de Cristo. Este es el abrazo último del Misterio, abrazo al cual el hombre —aun el más alejado, el más perverso, el más sombrío o tenebroso— no puede oponer nada, no puede objetar nada; puede desertar de él, pero solo desertando de sí mismo y de su propio bien. El Misterio y su misericordia queda como la última palabra, aun por encima de todas las negras posibilidades de la historia. Por eso la existencia expresa su último ideal mendigando. El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo».

Este es el yo más potente que haya pisado nunca la tierra, el yo de Cristo, y esta es la modalidad con que cada uno de nosotros podrá seguir teniendo siempre, incluso con todos sus límites y faltas, el coraje de decir «yo» y generar así un pueblo que dé testimonio de la presencia del Dios vivo en la historia.